

Luces que prendieron la llama romántica

La Real Academia Sevillana de
Buenas Letras, a la vanguardia de entresiglos

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
EL DÍA 8 DE FEBRERO DE 2026

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE LA
EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA
MERCEDES COMELLAS AGUIRREZÁBAL

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO
EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON
JACOBO CORTINES TORRES



Sevilla 2026

Luces que prendieron la llama romántica

Luces que prendieron la llama romántica

La Real Academia Sevillana de
Buenas Letras, a la vanguardia de entresiglos

D I S C U R S O

LEÍDO ANTE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
EL DÍA 8 DE FEBRERO DE 2026

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE LA
EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA
MERCEDES COMELLAS AGUIRREZÁBAL

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO
EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON
JACOBO CORTINES TORRES



Sevilla 2026

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de su autor.

© REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, 2026

© MERCEDES COMELLAS AGUIRREZÁBAL, autora, 2026

© JACOBO CORTINES TORRES, texto de contestación, 2026

Impreso en papel ecológico

Impreso en España-Printed in Spain

Depósito Legal: SE 130-2026

Maquetación e impresión: Masquelibros

Índice

Discurso en la recepción pública de la
Excma. Sra. Dña. Mercedes Comellas Aguirrezábal..... 9

Contestación a cargo del
Excmo. Sr. D. Jacobo Cortines Torres 53

Excelentísimo señor director.
Excelentísimos señoras y señores académicos,
Queridas y queridos amigos:

Esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras que hoy me acoge ha formado parte, desde mi infancia, de lo que la escritora italiana Natalia Ginzburg llamó «Léxico familiar»: ese ramillete de dichos, frases y anécdotas perfectamente reconocibles en el seno íntimo de cada familia, repetidas de padres a hijos, que constituyen un patrimonio compartido de referencias. Cuando las niñas y después los nietos preguntábamos a mi padre cómo un gallego enamorado de una navarra acabó fundando su hogar en Sevilla, nos contaba una historia que empieza en la Casa de los Pinelo y que me hizo imaginar esta sala mucho antes de conocerla. Algunos de ustedes escucharon una versión de aquel relato el 14 de marzo de 1993, cuando el profesor Comellas dictó su discurso de ingreso en la institución. En él se asombraba del «simbolismo prodigioso» de que sus primeras palabras escritas en Sevilla, un 2 de junio de 1952, durante un viaje de estudios, remitiesen al espacio en el que hoy nos encontramos, entonces la pensión Don Marcos, «un antiguo caserón-palacio, aislado, como todos,

del exterior, al que solo abre un par de rejas herméticas, pero inmenso y extraordinariamente bello el interior». En aquellas notas de juventud guardó la fascinación por la casa:

El silencio y la penumbra lo envuelven todo en un hálito especial de respeto. En el comedor cenan varios caballeros de barbas grises y hablar mesurado, que merecerían ser comendadores o adelantados. De pronto, sin saber cómo ni por qué, en plena noche, las veinticinco campanas de la Giralda componen una melodía no buscada que suena a música celestial. Qué extraordinario descubrimiento. Me siento feliz en mi casa de Sevilla. Una casa de las que invitan a quedarse.

En 1993, se preguntaba: «¿Cómo expresar esta rara vivencia que por gracia de Dios y por vuestra benevolencia, permite, después de cuarenta años, el milagro de la vuelta a casa, mi primera casa sevillana?» (Comellas, 1993: 34).

¿Y cómo expresar yo hoy, con menos aprestos que los suyos, la extraña continuidad de aquel prodigio: que la casa primera de mi padre en Sevilla se convierta también en mi casa académica?

No fue solo el espacio de Los Pinelo el que le permitió a José Luis Comellas imaginar una vida sevillana; también el espacio intelectual de la misma institución. Nada le gustaba más que el orden disciplinar de los estudios, su sistema metódicamente articulado. Esta Academia fue lo más cerca que estuvo de ese ideal ilustrado, de esa amable conversación de sabios que imaginaba retratada en estas líneas de Clavijo y Fajardo: «Dichosas tertulias aquellas y dichosa edad, en que todos

dejaban hablar a todos, en que cada cual esperaba el fin del razonamiento del otro para razonar a su vez en el mismo o en distinto sentido, en que se discutía sin levantar la voz, y todas las opiniones, expuestas tras una madura reflexión, compartidas o no, eran respetadas por los demás» (cit. por Comellas, 2001: 31). Respeto, estudio, rigor, proyectos comunes, diálogo entre las distintas disciplinas, pero también aspiraciones de servir al interés colectivo y la nación, fueron un ideal que compartía con los orígenes mismos de la institución. Como afirma María José Rodríguez Sánchez de León al estudiar la sociabilidad de la institución académica ilustrada, «entre los componentes de la Academia andaluza existe no sólo la convicción absoluta del bien público que deriva del correcto cultivo de las bellas letras [...], sino también la conciencia del compromiso social que implicaba su trabajo» (2000: 15). Y es que ser sabio, coincidía platónicamente Comellas, significaba en su valor más alto ser bueno, comprometía a hacer el bien desde el ejercicio de la misma transmisión de la sabiduría.

Como tributo a esa singular continuidad —vvida primero por él y recibida ahora por mí— y en agradecido homenaje a quienes hoy me acogen, dedicaré mi discurso a la Academia sevillana, a las dos fuerzas principales que vertebraron su recorrido y que impulsaron a algunas de sus figuras más ilustres: la fuerza del avance científico y disciplinar, esto es, la que la mueve hacia el progreso, que es resultado del deseo de saber, y la fuerza de la transmisión, resultado de la voluntad generosa de comunicar lo sabido. Una dualidad que no es mero esquema retórico, sino una clave que recorre toda la historia de la institución.

Creo haber recibido ambas semillas: el deseo de saber y el de compartirlo. Por el primero, cuya simiente se me plantó muy honda, aprendí que sólo el que es consciente de que no sabe nada puede aprender algo. El instrumento del conocimiento y surtidor de esta Academia es la curiosidad, la avidez de preguntas, nunca la confianza en responderlas. Como afirmase David Foster Wallace en un precioso texto de 2005, «This is water», la certeza absoluta es pernicioso. Es dudar lo que nos lleva a indagar. Ninguna afirmación tendrá la resonancia de una duda, ninguna lección cumplida moverá a los nuevos discípulos a proseguir con nuevas búsquedas el empeño iniciado en 1751 por aquel grupo de clérigos que fundó la institución. Una institución que une a esa fuerza de progreso la fuerza de la transmisión. Desde hace 275 años, la Academia ha trazado una trayectoria de magisterio, una historia de relevos y un legado al que ojalá pueda contribuir, probablemente más que con aportaciones, con dudas; la primera, si merezco este honor que debo a los miembros de la corporación que así lo decidieron y votaron.



Entre ellos, a los que dirijo mi más profundo agradecimiento, estuvieron Rogelio Reyes, mi director de tesis y maestro certero de mis inicios como investigadora; Antonio Caballos, siempre generoso apoyo y exquisito guía; Enriqueta Vila, que revisó y publicó mis primeros trabajos en *Archivo Hispalense*; los maestros Manuel González, Ramón Serrera, Ignacio Camacho, y

Jacobo Cortines, otro de mis más admirados profesores y que pronto me deslumbró como poeta mientras le ayudaba a transcribir su traducción del *Canzonere* petrarquesco. Fue el primer empleador de aquella estudiante fascinada por el ritmo de sus versos, y hoy responde como amigo a este discurso.

Gracias a la propuesta generosa de todos ellos, relevaré a otro poeta sabio, Aquilino Duque, desde 1981 miembro de la Academia hasta su fallecimiento en 2021. También Aquilino formó parte, sin saberlo quizá, de mi historia personal: aquel grupo de adolescentes que estudiábamos COU en el colegio Portaceli del curso 1981-82 le hicimos entrega de nuestra primera revista de poesía. Sus comentarios, tan incisivos como certeros, fueron utilísimos para cortar de raíz una vocación que en mi caso no tenía ningún futuro y aprender la primera lección del poeta: sentir mucho no tiene nada que ver con escribir buenos versos. Su talento como escritor brilló en todos los géneros: desde la traducción a las novelas, con las que llegó a quedar finalista del Nadal o ganar el Premio Nacional de Literatura; los poemarios, que le valieron los Premios Leopoldo Panero y Fastenrath; o ensayos tan arriesgados como *La idiotez de la inteligencia*, y tan militantes, como *El suicidio de la Modernidad*. En su condición antimoderna, Aquilino Duque fue un vanguardista libérrimo que se adelantó al signo de los tiempos y que también se me adelantó en la recuperación de otra antimoderna —como él, en tantas cosas modernísima—, pues mucho antes de que yo estudiara a Fernán Caballero, él le había dedicado un brillante trabajo leído ante esta corporación en 1997 y publicado en el *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*.

Fernán Caballero, tan presente en esta casa a través de un legado material que nos la hace vivamente cercana, bien hubiera podido ser el objeto de este discurso. Quizá, con esa invocación, hubiésemos logrado incluso que su fantasma se trasladase desde el Panteón de los Sevillanos Ilustres, por el que parece que ronda alimentando las fantasías espiritistas de la ciudad, a esta casa de la razón y la ciencia, en la que creo se sentaría más cómoda y luminosa en alguna de sus jamugas. Pero la sombra bajo la que me he cobijado y el frac que me abriga me conducían a otra historia, la que ahora les presentaré, que no solamente pretende continuar cronológicamente y desde la literatura el estudio de «El papel de las academias en la crisis de la conciencia española», sobre el que disertó el profesor Comellas en 1993 —cumpló así con mis deberes de transmisión—, sino que concuerda plenamente con mis investigaciones recientes —mi deuda con el progreso—. Es la historia de la propia institución y de uno de sus momentos más difíciles, que coincide, por una extraña paradoja, con el más brillante en su aportación a la historia literaria: los años finales de la Ilustración y los inicios del Romanticismo. Tiene por protagonistas a Manuel Arjona, Alberto Lista, Félix José Reinoso, José María Blanco, Francisco Núñez y Díaz y Manuel María del Mármol.

Con esta elección quiero enfrenar además la acusación más habitual que suele lanzarse contra estas instituciones centenarias: la de ser asiento de una erudición anticuada y polvorienta. Por eso, en lugar de estudiarlos como los últimos representantes del Neoclasicismo y epígonos de una época,

según se les ha solido considerar tradicionalmente, propongo reivindicarlos como una avanzadilla intelectual que anticipó cambios decisivos en las letras españolas y sirvió de pórtico a la revolución romántica.



La Academia se ha alimentado siempre de esa productiva tensión entre tradición y progreso que le insufló el espíritu ilustrado de sus orígenes. La *querrela de antiguos y modernos*, eje central de las controversias ilustradas en su constante debate entre lo viejo y lo nuevo, representa elocuentemente esta dialéctica interna de la que el mismo Romanticismo puede considerarse último estadio y culminación, en cuanto supuso el triunfo definitivo de la modernidad. Cuando llega, la contienda se había derramado en todas direcciones y afectado a todos los órdenes: mientras en la esfera política se vivía el paso del Antiguo al Nuevo Régimen, en la cultura, el pensamiento y las artes se inauguraba lo que Octavio Paz en *Los hijos del limo* (1974) llamaría «la tradición de la ruptura». Y de la misma manera que en la dimensión política los eventos revolucionarios significaron tanto la culminación de las Luces como simultáneamente el inicio de una nueva era, en el campo cultural, la revolución romántica no fue sino el florecimiento de las semillas estéticas plantadas durante la Ilustración. La rigidez de las demarcaciones periodológicas que separan ambos siglos y ambos movimientos emborronan esta continuidad

orgánica¹, pero es innegable que las dudas cartesianas, el sensismo de los empiristas, la gnoseología de Kant fueron pavingas que prendieron el incendio romántico. Ningún grupo de autores ejemplifica mejor esa articulación de continuidad que el reunido por la amistad en torno a la Academia sevillana, cuyo elenco se relacionaba líneas arriba. Sus trayectorias, como una bisagra entre dos tiempos, ensamblan los efectos más brillantes del pensamiento de la Ilustración con sus directos resultados románticos.

Fueron herederos del espíritu de la primera Academia, nacida en tiempos de empirismo y filosofía sensista, para los que las verdades eternas no existen. Bayle y Fontanelle, representantes del escepticismo europeo, habían tenido acogida en el ambiente de la institución (Aguilar Piñal, 2001: 205-6), y el combativo antiescolasticismo del Informe de Olavide sobre la reforma universitaria fue avanzado décadas antes por Sebastián Antonio Cortés, quien leyó en el seno de la corporación su *Discurso sobre la utilidad del estudio de las Buenas Letras* (1753). Cortés, defensor de la doctrina escéptica, apelaba a la libertad de pensamiento, a la duda y la reflexión, para impulsar

1. El prof. Cañas Murillo recoge, en un trabajo sobre periodología literaria del siglo XVIII, el consenso general sobre las demarcaciones habitualmente empleadas. En particular, apunta sobre el fin de siglo: «La Ilustración concluye después del año 1800, fecha oficial de finalización del siglo XVIII. El año 1800 no es indicativo de ningún acontecimiento literario especial, de ningún suceso relevante en la historia de la literatura que entre sus límites queda incluida». Añade, sin embargo, que «debemos adoptar una convencional. Se ha optado, y así lo hacemos nosotros, aceptando, con ello, el criterio de otros investigadores, por seleccionar el año 1808 para erigirlo en marca temporal que sirva para señalar este proceso. Es el momento en el que estalla la que se llamó Guerra de la Independencia, una contienda que tantas cosas cambió en la España del momento, un acontecimiento histórico que dejó su huella en la historia cultural literaria del país. Después de ella nada fue igual. Y en la literatura tampoco. La lucha contra el Neoclasicismo comenzó a arreciar. El empuje del Romanticismo, que concluyó con su encumbramiento definitivo, se hizo fuerte. El fin, no exacto, evidentemente, de un periodo, literario también, tiene lugar». (1996: 160-161).

el crecimiento intelectual de la sociedad española, anclada en la rigidez de los dogmas (Sánchez-Blanco, 2001:200). El modelo europeo le sirve para afeor el caso español: en otros países nadie se atreve a discutir los beneficios de las Buenas Letras, pero en España hay hasta quien cree que son peligrosas y algunos «llegan no solo a dudar de que el estudio de las que llamamos Buenas Letras contribuya a alguna cosa buena de este mundo, sino también a creer firmísimamente que la aplicación a ellas es nociva y perjudicial» (Cortés, 1773:4). El problema no es solo la falta de conocimientos de quienes así piensan, sino una visión conservadora del estudio que compartimenta las disciplinas hasta ahogarlas. En contraposición, Cortés defiende un concepto del saber en el que participan todas las ciencias, esto es, el modelo que después defenderán los ideólogos franceses, encabezados por Destutt de Tracy y su *Mémoire sur la faculté de penser*, de 1796. Quienes siguen este camino de la «varia erudición» son tomados por extravagantes en España y sin embargo esa manera de entender las Buenas Letras contribuiría notablemente al progreso de la nación, pensaba Cortés. La misión de la Academia sevillana quedaba así reivindicada y su misión justificada desde las posiciones más progresistas de la época (Comellas y Contreras Jiménez, 2019).

Esta semilla revolucionaria tuvo sus frutos en la obra y magisterio de distintos académicos, entre los que no puede dejar de mencionarse brevemente a Cándido María Trigueros, que con solo 22 años ingresó en la institución como el más joven de sus miembros. Frecuentador de la tertulia de Olvide y Jovellanos, contribuyó a la «querrela entre antiguos

y modernos» con su muy innovadora teoría sobre la versificación, expuesta ante la Real Academia Sevillana a lo largo de varias sesiones de 1766 (Román Gutiérrez, 2017)². Trigueros fue probablemente el precursor más importante de la renovación de los estudios ocurrida en el seno de la institución sevillana³. Trasladó a las generaciones siguientes el espíritu reformista de los primeros académicos, que en el medio siglo habían sido defensores comprometidos de la moderna filosofía y fundaron la corporación como un espacio abierto al debate y la polémica. Este progresismo intelectual les seguía enfrentando, a veces en claro antagonismo, con la institución universitaria, a pesar de los vínculos y personas que la unían con aquella, pues muchos de los académicos fueron también profesores de la universidad. Pero en el seno de la Academia, más recogido y al tiempo más vivaz, era posible desplegar la controversia e inaugurar nuevos campos disciplinares. Según Sánchez-Blanco (2001: 192), que ha estudiado las primeras

2. Por desgracia el manuscrito —inédito todavía hoy— no se conserva en su biblioteca, contra los deseos del propio Trigueros. Fue otro académico, José Amador de los Ríos, quien sustrajo de los archivos de la institución el documento (y no fue el único que debió llevarse) y tras aprovechar muchas de sus ideas y difundirlas como de su propia cosecha, acabó siendo vendido por sus herederos a la Biblioteca Nacional (Martín Abad, 1992: 175 y 185, *cfr.* Román Gutiérrez, 2017).

3. Otra de las disertaciones de Trigueros, leída en diciembre de 1791 y lamentablemente perdida, trataba de «los adelantamientos o decadencia de la literatura entre los españoles». Un año antes había abordado el asunto en un *Discurso sobre el estudio metódico de la Historia literaria* que quería servir de base para construir la nueva disciplina (1790). Afirma en él Trigueros que la Historia literaria (entendida aún en su sentido amplio, esto es: la historia de los saberes libresco), «para ser verdaderamente útil debe descubrirnos no solamente las mutaciones, adelantamiento y atrasos de todas las Naciones en los respectivos ramos de la literatura [... sino que] es necesario también que averigüe las causas, o civiles o morales o físicas, que produjeron aquellos efectos; en una palabra: para que sea loable la Historia literaria que se estudie, debe ser *filosófica, completa, breve, imparcial y verdadera*» (1790: 273). Trigueros demanda ya la necesidad de esa visión «filosófica» que sostenga desde la teoría el devenir histórico-literario. Su envite será respondido por los ya citados Manuel María de Arjona, Félix José Reinoso y Alberto Lista, como se verá más adelante.

disertaciones, la institución «nació como foro que permitiera expresar lo que se omitía en las cátedras universitarias», ignorantes de que «a nivel europeo se venía desarrollando otro saber», más progresista y útil de lo que «que en España se exponía en cursos y tratados». Esto es: la Academia sirvió en diferentes ocasiones como avanzadilla de la universidad, representó un espacio de mayor apertura, permitió la tensión intelectual con las teorías convencionales, dio ocasión a debatir y recibir las nuevas ideas y perspectivas, y demostró, como bien ha notado Checa Beltrán (2016: 9), «la plena integración de España en el ambiente cultural europeo contemporáneo» que no era visible en otros espacios de saber. Basten como la mayor prueba las valerosas palabras de Diego Mateo Zapata, su primer presidente, cuando se pregunta «¿Qué busca ni halla el que siempre sigue a otro?». Con ellas está poniendo en práctica ese *sapere aude* al que invitaba Kant en 1784, recuperando el verso de Horacio para su ensayo «Was ist Aufklärung?». Frente a la cómoda dependencia y tutela institucional, anima a echarse al monte, saltarse los límites del criterio de autoridad; en palabras del mismo Zapata, el problema está en que «no se cree a los ojos por no descreer a Aristóteles» (Comeillas, 1993: 40). Abramos los ojos y veremos así lo nunca visto.



Cuando a finales del siglo XVIII la Academia pasó por un periodo de decadencia por falta de involucración de sus miembros (casi había que ir a buscarlos a sus casas), se promovieron

nuevas incorporaciones que no logran impulsarla. Hasta que la llegada de Arjona en 1798, de sensibilidad jansenista y anti-ultramontana, trajo por fin la necesaria renovación. En menos de dos años se incorpora Francisco Núñez y Díaz y poco después lo hacen Mármol, Lista, Blanco y Reinoso, jóvenes sacerdotes de espíritu liberal y también ansiosos de novedades. Significaron una importante ganancia para la institución, a la que llegaron desde la *Academia Particular de Letras Humanas*, que desde 1793 a 1797 los había reunido.

Es necesario referirse a esta institución menor y de corta vida, surgida del descontento de un grupo de jóvenes con la enseñanza humanística que proporcionaba la universidad. Blanco narra una anécdota ilustrativa: a los 15 años había leído ya a Feijoo y Bacon, lo que tuvo como consecuencia que la simple visión del fraile que le enseñaba Lógica, dice, «se me hizo insoportable y odiosa. Cierta día llegó a reprenderme delante de toda la clase por no atender a mis estudios. Sin pensarlo mucho me levanté de mi asiento y le dije abiertamente que aquellos estudios no eran dignos de mi atención y que nunca los seguiría», una actitud combativa que años después reconoce «nunca ha dejado de obrar en mí» (Blanco-White, 2010: 17)⁴.

4. También los académicos eran a su vez tratados con desprecio, según Blanco White en «Revisión de obras. Celestina», *Varietades, o Mensajero de Londres*, n.º 3, 1824-04-01, pp. 224-246 y 296: «Este miedo y recato de pasar por autor de obras que no fuesen relativas a una de las facultades mayores se ha conservado en España hasta nuestros días. Yo me acuerdo que en mi juventud se miraba como cosa ridícula el atreverse a publicar obras de esta clase; y que una Academia de Poesía que se trató de establecer, cosa de treinta años ha, en la Biblioteca Pública de San Acacio de Sevilla, dio motivo de diversión y burla a la ciudad entera, y atrajo bandadas de estudiantes, que con silbos y alborotos impedían la lectura, y aun seguían a los individuos por la calle con insultos. Esto aconteció no obstante que entre el número de los fundadores se hallaban sujetos de gran mérito, y uno de

Cuando la fundaron, José María Roldán tenía 21 años, Reinoso 22, Blanco solo 17; poco después se sumaron Lista y Eduardo Vácquer, entre otros. Como afirma Aguilar Piñal (1975: 22), «una nueva generación de sevillanos irrumpía con entusiasmo en el campo literario. Todos compañeros en las aulas universitarias», todos apoyados por Juan Pablo Forner, entonces fiscal de la Audiencia de Sevilla (y honorario de Buenas Letras). Se juntaban, según cuenta Blanco, «los domingos en casa de aquellos de sus miembros que podían facilitar una habitación bastante amplia sin causar inconveniente a la familia» (cito por Aguilar Piñal, 1975: 23). A veces donde vivía el propio Blanco, entre las calles Jamerdana y Ximénez de Enciso, cerca del Hospital de los Venerables sacerdotes, con los que debían contrastar estos inquietos estudiantes de Teología. Analizaban a Cicerón, Isócrates y otros textos de retórica. Pero pronto, según recogen las actas del 19 de abril de 1795, se acordó entre los miembros llevar a cabo una reforma del método y la materia de las reuniones que las hiciera más atractivas, dada la escasa asistencia a las sesiones, que se justificaba «por no haberse hecho muchas veces otra cosa que leer seguidamente, sin añadir reflexión alguna notable»⁵. Los jóvenes estaban cansados del ejercicio de repetir y querían enfrentarse al reto de pensar. Así, se incorpora la reflexión teórica con el *Tratado sobre las bellas artes* de Batteux (1746), las novedosas ideas de Juan Andrés sobre lo bello y, apunta Lista,

ellos, don Manuel María de Arjona, joven entonces y ya, por desgracia de sus amigos y de la literatura española, fallecido»

5. *Libro de actas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, 1793-1797*: 34r-35v.

«otros escritos filosóficos acerca de la Elocuencia y la Poesía» (1838:260-261).

A esa dimensión teórica se añadía la comparatista, con toda la carga de relativismo que conlleva: «Empezaron a estudiarse los caracteres de la poesía inglesa, cuyo idioma sabían algunos académicos, y los de la italiana»; así «se profundizó más en [...] las diferencias [en el] gusto de las diversas naciones, producidas por la diversidad de sus ideas habituales y de sus sentimientos característicos». De todo este estudio histórico, comparatista, filosófico y teórico surgió, añade en el mismo artículo, el «progreso muy notable que hubo en el modo de contemplar las bellas letras» (1838:261), esto es: la introducción de esas nuevas perspectivas tuvo unas consecuencias revolucionarias para las disciplinas literarias. Según Lista «se explicaban los caracteres de la belleza, del genio, de la facultad de juzgar en las bellas artes, de lo sublime» (261).

Este despliegue por los conceptos más punteros de la época demuestra que aquel grupo de autores y estudiosos estaba a la vanguardia de los debates contemporáneos. Demuestra, sobre todo, que fueron más que una escuela poética. Sus nombres pastoriles (Blanco usó el de *Albino*, Lista fue *Licio* y Reinoso *Fileno*) han confundido durante mucho tiempo a la crítica, que tantas veces los ha estudiado en sus límites clasicistas. El territorio sobre el que construyeron sus reflexiones fue mucho más inestable que la idílica Arcadia. Corresponde con lo que José Checa Beltrán ha llamado el *neoclasicismo heterodoxo*. No en vano, y ya por estos años iniciales, Blanco traduce a Gessner, Lista escribe versos para las logias masónicas, el sentimentalismo de Rol-dán trasluce en los mismos títulos de sus poemas («El amante

melancólico» y «Elegía a la noche»); Reinoso compone «La inocencia perdida» (1799), que dio lugar a una conocida querrela en el periódico *Variedades* de Quintana (Torralbo, 2010; Durán, 2010), querrela que para algunos estudiosos es, precisamente, la primera marca de la llegada de las ideas románticas a España. No fue la única polémica que despertaron sus actividades: poco antes habían participado en la que revolvió a toda Sevilla, cuando Forner levantó la prohibición de las representaciones teatrales. Se significaron así como contrarios a la «cruzada espiritual» de fray Diego José de Cádiz, que había logrado vedar el teatro en las principales ciudades andaluzas (Gómiz León, 2009: 77-78).

Estaba claro que aquel grupo de jóvenes había venido a agitar la paz literaria. Y de la Academia particular de Letras Humanas trasladaron esas inquietudes a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras⁶. Removieron las dormidas aguas en las que había caído la institución en su afán de —justifican sus Memorias— «abstenerse de todos aquellos asuntos que pudieran ser de algún modo odiosos a otros Cuerpos o personas particulares, porque su espíritu había sido en todos tiempos pacífico, y procurando conservar la mejor armonía»⁷. Como afirma Lista, la Academia de Letras Humanas «murió como cae la

6. A partir de 1796 Letras Humanas pasó por distintas fases de decadencia. «Arjona se encarga de explicar la Retórica, pero se suspendieron los certámenes mensuales, ya que “no podía sostenerse por un corto número de individuos que iba aminorándose por días”» (Aguilar Piñal 1975:26). Desde enero de 1798, las sesiones tienen lugar en casa de José Álvarez Santullano y poco después en el Colegio de Santa María de Jesús, del que es colegial Blanco. Y allí, según Lista, se vive «la época más brillante de la Academia», porque las sesiones se hacen públicas y se puede convidar a distinguidos hombres de letras de la ciudad. Ver también Reinoso: «Historia de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta el 10 de mayo de 1799», *Archivo hispalense* 2 (1886).

7. Cito por Rodríguez Sánchez de León (2000: 16-17).

flor, dejando el fruto que le sobrevive», pues el mismo espíritu que había animado a sus individuos «los siguió y acompañó adonde la suerte y las revoluciones del siglo los arrojaron». En especial, afirma, hasta «la Academia de Buenas Letras, inerte y cadavérica entonces, y que, animada y rejuvenecida, sigue con ardor los pasos de la de Letras Humanas» (2007: 172-173).

En la línea de exploración teórica encontraron su principal instrumento de progreso, con la aplicación de la filosofía a las bellas letras, toda una novedad en aquellos años de decaimiento de la cultura de la ciudad, tras la caída de Olavide y prohibición de la tertulia que tenía en el Alcázar. Se duele Alberto Lista en sus recuerdos de la gran ignorancia en la que entonces se sumió la vida cultural, especialmente, dice, en materias de poética y retórica, y todavía mucho mayor «en la filosofía de estas artes, desconocida absolutamente por entonces en Sevilla» (Lista, 1838: 252). La aplicación del pensamiento filosófico al literario encaja plenamente con el espacio de conjunción entre los territorios ilustrado y romántico. Resultaba de un lado plenamente dieciochesca, como parte de ese vertido del «espíritu filosófico» sobre todas las disciplinas; por otro, la conjunción disciplinar de Filosofía y Literatura hizo germinar el Romanticismo, según Friedrich Schlegel, quien en 1799 describía la marca del nuevo orden con la reunión de ambas: «Las posibilidades de la filosofía y la poesía por separado han sido ya probadas y agotadas. Es ahora tiempo de aunarlas» (1987: 233). Del injerto nacerían las nuevas ramas del árbol literario: la historia de la literatura, la teoría literaria, la moderna crítica, que transformaron de manera irreversible nuestra forma de leer y estudiar los textos.

Por otra parte, nuestro grupo de académicos sevillanos no fueron solo apasionados estudiosos de la tradición clásica, sino buenos conocedores de las grandes novedades europeas: están al día de las últimas tendencias de los ideólogos franceses; Blanco trae del inglés lecturas poco conocidas, tanto del ámbito literario como filosófico o político: Alexander Pope, John Milton, William Paley, Edmund Burke (Torralbo, 2012); Lista pronto se interesa por lo alemán: Gessner, Gellert, Klopstock, Kotzebue, autores que años antes ya habían despertado la curiosidad de Trigueros. La visión comparatista y el cruce de textos de diversa procedencia llevaba indefectiblemente a potenciar la actitud de revisión y reflexión sobre los principios de la poética y la retórica: aplicándoles la duda, las reglas dejaban de ser indiscutibles, se debatía cuál era la función de la belleza y sus efectos, tanto para el individuo como en la sociedad. Exigía también asumir la responsabilidad transformadora del arte: no era posible seguir reduciéndolo a una función decorativa. La Academia sevillana asumió la lección de las preciosas *Cartas sobre la educación estética del hombre* de 1795, en las que F. Schiller afirma la misión educativa de las bellas letras, que aspiran a ser mucho más que el adorno a que se solían reducir en el campo disciplinar. Los sevillanos propusieron en este sentido planes de estudio renovadores: el precursor de Trigueros⁸, los de Arjona, Reinoso, Lista, o el de Mármol para la Universidad de Sevilla⁹. En 1804, el director de la corporación propone un

8. Véase F. Aguilar Piñal, «El Plan de estudios de Cándido María Trigueros (1768)», *Educación e Ilustración en España*, Univ. Barcelona, 1984, pp. 1-47.

9. El *Plan de un nuevo método de estudios*, obra de Mármol, fue encargo de la misma Academia. Fue resultado de la propuesta que hace la Sociedad Económica sevillana en 1803 a Blanco White,

premio al mejor *Plan filosófico de unas instituciones de Bellas Letras*. Años después Reinoso escribió el *Plan ideológico de una poética*, un texto moderno e interesante cuyos manuscritos estoy editando junto con Manuel Contreras Jiménez (Comellas, 2020; Contreras Jiménez 2022).

Junto a estas actuaciones, deben recordarse otras de mucha mayor resonancia para proyectar el trabajo de la Academia en el seno social, como las relacionadas con la prensa periódica, entonces en alza continua. Los periódicos se convirtieron en escaparate público de las instituciones académicas, permitiendo que las sesiones de estudio rompieran el aislamiento del cenáculo erudito y alcanzasen un auditorio más amplio. El conocimiento comenzó a circular, a debatirse y a contrastarse en el espacio público, anticipando lo que hoy llamaríamos transferencia cultural. Aquel grupo de académicos fue consciente de las enormes ventajas de una divulgación de estas características e hizo amplio uso de sus posibilidades. También en eso supieron aprovechar las ventajas de las nuevas tendencias. De hecho, sabemos que la Academia había acogido en 1790 con entusiasmo la propuesta del *Memorial Literario* de incluir en sus páginas noticias y discursos de la corporación; y lo mismo en 1798 con el *Semanario erudito y curioso de Salamanca* (Rodríguez Sánchez De León, 2000: 16). Sin embargo, aquellas tentativas no llegaron a ver su fruto hasta

un proyecto cultural muy renovador: enseñar las Letras Humanas. Le encargan un proyecto y un plan, en el que ataca de nuevo cómo se enseñan las Humanidades de Sevilla (Blanco había seguido el método educativo Pestalozzi, basado en la razón y muy novedoso, que fomenta la tolerancia como primer principio educativo). Empezaron las clases en el mismo local del Colegio de San Hermenegildo donde se reunían los académicos. Las asumiré en 1816 Reinoso (Comellas, 2020).

que en octubre de 1803 salió el primer número del *Correo literario y económico de Sevilla*, editado por Justino Matute. Fue el primer órgano oficial de la Academia. Después, cuando el grupo de jóvenes se dispersó, las fronteras de sus periódicos se ampliaron extraordinariamente: Blanco publicó en Londres *El Español* (1810-1814) y *Varietades o Mensajero de Londres* (1823-1825); Lista fundaría de *El Espectador sevillano* (1809-1810) y *El Censor* (1820-1822), uno de los más importantes periódicos de su época, y editó junto a Reinoso la francesa *Gaceta de Bayona* (1828).

A las estrategias de difusión en la prensa habría que añadir otro ingrediente que dotaba de energía al grupo y fortalecía su proyección: la amistad de sus integrantes. No es difícil imaginar, gracias a los epistolarios, la intensidad humana de estas relaciones, fértil humus para su trabajo intelectual. El profesor Aguilar Piñal dedicó en 1996 su discurso de ingreso como Académico de Honor de esta corporación a la «Amistad y poesía en el neoclasicismo sevillano», y Ángel Gutiérrez presentaría dos años después una tesis (1998) sobre la amistad que unió a Lista, Blanco-White y Reinoso¹⁰. Si a la del 27 se le ha llamado la «generación de la amistad», el mismo nombre podría darse también a esta de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Más que como una cuestión privada, o una circunstancia casual, me parece importante observar este vínculo afectivo desde una perspectiva que puede resultar iluminadora: la de la relación consustancial de las academias dieciochescas

10. Véase también el trabajo de Romero Tobar (1996).

con la sociabilidad ilustrada. Las ciencias, las artes y las bellas letras debían velar por el bien común y por la felicidad privada y pública; se trataba «de propagar con utilidad del público los trabajos literarios», como dicta el título de un discurso leído en Junta el 5 de febrero de 1802 (Rodríguez Sánchez de León, 2000: 17 y 19). Esta lógica del bien público, en la que la amistad tiene una función crucial, se convierte en motivo de reflexiones por toda Europa durante los mismos años en los que este grupo de amigos ingresa en Buenas Letras. En las *Lettres sur la Sympathie* de Madame de Condorcet de 1798, la *Teoría de los sentimientos morales* (1759) de Adam Smith se pone en comunicación con la epistemología y la política: comprender cómo conocemos el mundo (a través de sensibilidad y la simpatía) es inseparable de comprender cómo vivimos en sociedad y cómo se gobiernan los vínculos sociales. Por esta asociación, la vida moral y la sociabilidad son resultado de la capacidad de ser afectado: el sentimiento simpático es fundamental para el conocimiento del otro y también para tejer el entramado social. En este proceso, la imaginación cumple un papel protagonista como fuente de los sentimientos simpáticos, pues permite el surgimiento, según Adam Smith, de una «emoción análoga» a la que embarga al otro (Saad, 2015). Y la amistad es el nivel más alto de ese conocimiento. Durante los mismos años en los que este grupo de amigos ingresa en Buenas Letras, estas ideas convirtieron la amistad en motivo de reflexiones por toda Europa, y también entre ellos. Pero fue además una experiencia vital de la que dan cuenta los epistolarios conservados: a pesar de las posibles diferencias de criterio político o literario, que a veces los llevaron a debatir en

el seno mismo de la Academia, nunca faltaron a ese afecto. «Yo sé algunas cosas, pero la que mejor sé es amar» afirmaba Lista, quien añade sobre Reinoso: «no he conocido un hombre para el cual sea tan urgente la necesidad de tratar con sus amigos, a no ser quizá yo» ([1841], en Juretschke [Epistolario] 1951:658).



Para observar las más importantes novedades con las que este grupo de amigos contribuyó a la transformación de los estudios literarios y que justifican reivindicarlos como modernos, primero es importante situarlos en un contexto de revoluciones políticas, sociales y culturales, en el que parecía estar pasándose de un mundo estático a otro en trepidante movimiento. El modelo de conocimiento había entrado en crisis. En 1808 Wilhem von Humboldt es encargado de fundar la Universidad de Berlín para combatir la decadencia del sistema universitario alemán. Humboldt quiere acabar con la división entre universidades y academias, las primeras ancladas en el inmovilismo, con una enseñanza limitada a la reproducción oral de lo que está escrito en los libros (los «apuntes amarillos» del siglo XVIII), mientras las academias se habían convertido en centros de investigación. La situación tiene cierto parecido con lo ocurrido en Sevilla y que justificó la aparición de la Academia, enfrentada a la conservadora Universidad. Pero más que una rivalidad entre instituciones, se trataba de una oposición entre modelos de

saber. Y si para Humboldt la solución venía de cambiar la misión del docente, que no era transmitir conocimientos, sino enseñar a pensar sobre el objeto de estudio, nuestros amigos académicos venían proponiendo esa reflexión desde sus juveniles reuniones en Letras Humanas. El resultado fue ese «progreso muy notable que hubo en el modo de contemplar las bellas letras» al que se refería Lista antes y que trajo, entre otras novedades, tres que repasaré brevemente: la introducción de la historia literaria; el cambio de modelos y fuentes, con la inclusión de una nueva mitología; y la incorporación de la imaginación a la teoría psicológica de la creatividad, que acompañó el paso del sensismo ilustrado al sentimentalismo prerromántico de Laromiguière.



Por lo que se refiere al primero, la literatura no contaba con una historia propia que diese cuenta de su evolución y cambios de paradigma. Su enseñanza, como se ha dicho, se cifraba en las reglas inmutables de la poética y la retórica. Los recuentos de autores, títulos y obras no se apoyaron en un discurso narrativo de cierta entidad hasta que en los años finales del siglo XVIII Friedrich Schlegel, siguiendo las ideas de Herder, distinguió la temporalidad como marca significativa de mutaciones: existió, afirmaba, un tiempo clásico, con cuyo acabamiento en la Edad Media nació una nueva manera de entender el hombre, el mundo y también su expresión literaria. La comparación entre ambas épocas, clásica y moderna,

fue el detonante para empezar a observar la literatura como un flujo histórico y evolutivo, cuyas variaciones debían explicarse en relación con su tiempo.

Por desgracia, se ha perdido la disertación sobre «La poesía antigua comparada con la moderna» que leyó el granadino José Antonio Ruiz en 1798 en el seno de la Academia, por lo que es imposible valorar en qué coincidía su visión comparativa con las nuevas tendencias. Pero sí tenemos el interesante texto de Arjona y su nuevo método para organizar la historia literaria basado en escuelas, una propuesta innovadora y sorprendente de construcción de los periodos literarios (López Bueno, 1989; Ruiz, 2003). Se tituló «Plan para una historia filosófica de la poesía española» y debió leerse ante los académicos sevillanos en 1799, años antes de ser publicado en el *Correo literario y económico de Sevilla* de 23 de julio de 1806 y después en *La Minerva o el Revisor general* del 22 agosto del mismo año.

El discurso es muy interesante por su novedad, su intención de aprovechar un sistema de organización de la historia del arte (las escuelas) y por el sesgo nacionalista con que Arjona construye su secuenciación periodológica. Pues al igual que la perspectiva histórica vino a romper con los criterios eternos, el nacionalismo resquebrajó la república universal de las letras: Herder había advertido que la belleza era distinta para cada pueblo y el concepto de *Volk* incorporaba valores característicos para definir la identidad de la nación. Arjona aplica ya una diferenciación nacional al distinguir la que llama escuela italo-hispana (liderada por Garcilaso), de una «segunda escuela italo-hispana o sevillana» (la de Herrera), y por fin la

«escuela propiamente española», la de Balbuena, Lope y el mejor Góngora. Para ello necesita entrar en territorio arriesgado y señalar cuáles son los caracteres de lo propiamente español. Él los define a partir del concepto de genio, esto es, de la habilidad natural y no aprendida, asociado a la originalidad, a la capacidad de superar a los modelos, o incluso de crear sin ellos. Arjona está poniendo así las bases de la caracterización histórico-nacional de la literatura española al tiempo que probando los resortes de secuenciación de las de la misma disciplina de la historia literaria, todavía en ciernes.

El envite fue recibido en el seno de la propia institución por Reinoso, cuya respuesta en las «Reflexiones sobre el Plan para una historia filosófica de la Poesía Española» también fueron publicadas en el *Correo literario y económico de Sevilla* el 13 de agosto de 1806 —lo que ya demuestra la difusión a través de la prensa de los debates académicos—. Es evidente que no comparte del todo los criterios de su compañero y amigo, pues para él las escuelas no pueden diferenciarse solo por el lenguaje poético, sino por el estilo, en el que influyen «el ingenio y la fantasía, que son las dotes principales del poeta y las que forman su carácter y lo que llamamos genio» (1806: 170). Los términos empleados (ingenio, fantasía o genio) apuntan a las novedosas directrices que se están manejando y que también se observan en la respuesta al mismo Plan presentada en esta ocasión por Alberto Lista, quien se unió al debate con su «Examen del *Bernardo* de Balbuena» (1799). En él afirma que los principales argumentos de la clasificación presentada por Arjona le parecieron convincentes, y de hecho la aprovecha para explicar a

Balbuena como representante de la que llama «escuela puramente española» (2007: 14), asociada a la originalidad creativa del genio, frente a la del artificio y la imitación. Piensa, como Arjona, que esta fue seguida por «los mejores poetas de nuestro buen siglo, Herrera, León, los Argensolas, Garcilaso», quienes imitaron a «poetas extranjeros ya antiguos, ya modernos». Mientras, la escuela española renuncia al trabajo de corrección y lima, «mas los que en virtud de su genio [...] tuvieron la felicidad de ser excelentes, conservaron un carácter de soltura y fluidez consiguiente al ningún trabajo y artificio que se empleó en su producción» (14).

Estos incipientes ensayos de historización ya incorporan la cuestión de la identidad nacional y el supuesto carácter particular de la literatura española, esto es: no son solo historias literarias, sino que en ellas el argumento privilegiado será determinar la marca nacional. Ese interés será el que incite a Lista a dar empuje a la nueva disciplina de la Historia literaria: las *Lecciones* dictadas en 1822 en el Ateneo madrileño son modelo esquemático de una Historia de la poesía española en la que apoya cada vez más sus ideas poéticas. Buen conocedor de las tendencias más innovadoras de su tiempo, se hace pronto consciente del predominio que cobra la perspectiva histórica en todos los órdenes disciplinares. Así, justo en 1828, el año en el que François Guizot comienza a dictar sus famosas lecciones en la Sorbona, Lista ingresa en la Real Academia de la Historia con un «Discurso sobre la importancia de nuestra historia literaria» y publica después en la *Gaceta de Bayona* su artículo «Sobre la civilización» (1830). Como tantas veces, el sevillano se demuestra a la altura de los tiempos: Guizot, junto a Otto

Ranke o Friedrich Carl von Savigny, estaban sentando las bases metodológicas de la historia como ciencia (Dupré, 2013: 256-257), mientras él proponía las de la historia literaria española.



La perspectiva histórica hacía tambalear la rigidez de los criterios estéticos, pues descubría que la belleza no había tenido siempre la misma cara. Y también que esa cara no había sido siempre la de las musas paganas. Según los románticos, el imaginario mitológico de la clasicidad corresponde al tiempo de la Antigüedad y no tiene sentido traerlo al moderno. Era necesaria una nueva mitología, cuya sentimentalidad y afectividad coincidieran con las del cristianismo (Comellas, 2024). En esta segunda gran novedad nuestros académicos también tuvieron un papel relevante y pionero en España.

No hubo mejor demostración del cambio que se estaba operando en estas postrimerías de la Ilustración que la renuncia a los personajes del Olimpo. De hecho, suelen darse como el punto de partida del romanticismo *La cristianidad o Europa* (1799) de Novalis y *El genio del cristianismo* (1802) de Chateaubriand. Menéndez Pelayo (1994: 1351) y Vila Selma (1961: 182) reivindicaron un anterior discurso español «sobre el uso de la Mitología en las composiciones poéticas» publicado en el *Memorial literario* de 1789, que proclama la superioridad de «la verdad sencilla y desnuda» sobre los viejos mitos. La poesía, según su anónimo autor, «no debe expresar sino lo que siente el corazón, y lo bello que

hay en la naturaleza», trayendo como ejemplo los Salmos o el Libro de Job (1789: 212-213). Pues bien, hoy toca reivindicar el reciente descubrimiento de Fátima Rueda Giráldez de un inédito *Discurso sobre la introducción de las deidades del paganismo en la poesía*, leído en la Academia de Letras Humanas de Sevilla por Francisco Núñez y Díaz en 1798. Su factura responde a ese nuevo método reflexivo impuesto en la institución por los jóvenes académicos: la Mitología se había leído hasta entonces fundamentada en datos y hechos, sin contar con una explicación «filosófica». Núñez se enfrenta al viejo sistema y por añadidura a todo el Parnaso. La propuesta no es «leer» los mitos clásicos, sino reemplazarlos. Insta a los poetas a recurrir al «nuevo tesoro que nos es propio», es decir, a la religión cristiana. Ello implica cambiar también los modelos a imitar: frente a los poetas que «imitaron erradamente a los gentiles», y más bien los copiaron, dice, «vil y vergonzosamente», llama a una poesía alimentada por el entusiasmo, que daría lugar a pasiones que solo puede excitar lo «verdadero» (cit. Rueda Giráldez, 2021: 167). De ahí concluye que el fundamento de ese entusiasmo reside en la verdad. En la Sevilla de 1798 entramos por las puertas de ese extraordinario cambio de términos, valores y conceptos que, al debatir históricamente los criterios de la belleza, la sustituyó en el trono estético por la verdad.



El mismo Francisco Núñez y Díaz nos lleva a presentar el tercer aspecto de la renovación que tendremos ocasión de

ver, gracias a la *Disertación* —que leyó en Buenas Letras en 1801— *sobre la Excelencia del estilo sublime*. El concepto de lo sublime vuelve a confirmar la continuidad entre el pensamiento ilustrado y la revolución romántica: desarrollado modernamente por Edmund Burke en su famoso ensayo de 1757, fue ampliado extraordinariamente por la filosofía kantiana y difundido a toda Europa durante el cambio de siglo. La moda de lo sublime corresponde, por una parte, a la nueva dimensión psicológica desde la que se concibe el hecho literario; de otra, al renovado paradigma modélico, que había abandonado las ninfas del Parnaso clásico para perseguir la casta musa cristiana: si las primeras despertaban los placeres de los sentidos, ella era la depositaria, decía Núñez, de la verdad, y también del más hondo sentimiento. En la Biblia, que Lista define como «el más sublime de todos los libros [...], porque su autor y su objeto es el más sublime de todos» (1845: 225), se encontraban los modelos (los *originales*, decía la *Disertación*) de una tipología poética que encendía las emociones desde la fuerza del genio¹¹. El cristianismo había venido a traer, defendían los románticos, un nuevo modelo sentimental que aquel grupo de jóvenes estudiantes de teología, algunos ya sacerdotes, hicieron propio. Ocupaba el espacio de la mitología pagana en retirada con una nueva mitología de leyendas piadosas y personajes santos a través de los que, según las ideas

11. Sobre la asociación entre lo sublime y el genio, véase Román-Gutiérrez (2019: 652-653): «la teoría del genio, asociada a la imaginación y a lo sublime, se convierte en el mejor ariete contra el modelo francés y sus reglas, pero también en una de las más activas causas de la crisis de la teoría de la imitación». Las ideas de Lista en torno al genio en Comellas (2019).

de Herder, hablaba el *Volk*, el pueblo, con más autenticidad que los cuatro eruditos encumbrados al Parnaso culto.

La velocidad de los cambios y la capacidad para hacer compatible lo viejo y lo nuevo se demuestra en que varios de los que fundaron Letras Humanas para defender el buen gusto de los mejores latinos, tres años más tarde, en 1799, se presentan al certamen convocado por la Real de Buenas Letras bajo el lema «La inocencia perdida: Canto en 80 octavas, o cerca de ellas, en que se describa la caída de los primeros padres», esto es: un poema sobre el capítulo XIX del Génesis —primo hermano del que había convocado la RAE sobre «La caída de Luzbel» (Torralbo, 2010: 276)—. Lista y Reinoso presentaron a este certamen sendos poemas bíblicos escritos en esa estela miltoniana; el primero fue, según Rubén Benítez (2010), el más importante introductor de Milton en una España que había perseguido *El Paraíso perdido* con censuras políticas y religiosas. Ambos amigos cierran así el siglo XVIII con un homenaje a la épica sublime y cristiana que embargaba Europa, desde Hölderlin (*Patmos*, 1802-1803) a William Blake (*Jerusalem: The Emanation of the Giant Albion*, 1802-1804), pasando por Coleridge (que negaba la sublimidad a los griegos para concedérsela a la Biblia), Chateaubriand (*Les Martyrs*, 1809) y Manzoni (*La Risurrezione*, escrita entre abril y junio de 1812). De nuevo, nuestros académicos estaban a la vanguardia de ese nuevo uso de la mitología cristiana, por el que el Libro sagrado se convertía en surtidor literario (Comellas, 2019).

De hecho, esta musa sublime y religiosa inaugura lo que se podría llamar el «giro afectivo» de la literatura de entre siglos. A través de ella se conectan las principales novedades

de las que nuestros académicos son valedores: primero porque el cristianismo se consideró, según se ha señalado, la base para historiar la literatura, que por el efecto de su llegada dejaba de ser una y única para dividirse temporalmente. En segundo lugar porque, afirmaba Lista en su artículo «De la influencia del cristianismo en la literatura» (1839), «el cristianismo [...] no sólo sugirió nuevos géneros de literatura, sino amplió y perfeccionó los que existían en la descripción de todos los objetos así del mundo físico como del moral» (2007: 237). Esto es: además de marcar una nueva era periodológica, trasciende lo visible para centrarse en el hombre interior. Estamos ante lo que uno de los grandes estudiosos del Romanticismo, Meyer H. Abrams (1971), considera elemento clave de la revolución romántica y explica con la brillante metáfora del espejo y la lámpara: la mimesis clásica había actuado como el espejo y reflejaba lo visible; la romántica entraba en las galerías más profundas y oscuras del corazón humano para cantar lo invisible, ayudada de la luz de la lámpara. ¿Qué lámpara era esa capaz de ver el interior del hombre? La imaginación.

Con ella llegamos al tercer punto conectado por el cristianismo, según insisten los textos de la época: la imaginación, que entró en la teoría literaria como fuerza primordial, base tanto de la creatividad como de la recepción literaria. Y es que se estaba generando lo que ya se ha presentado como una teoría psicológica de la literatura que, de nuevo, representa un espacio compartido entre el pensamiento ilustrado y la renovación romántica.

Sus bases están en los estudios filosóficos, psicológicos y estéticos procedentes del ámbito inglés y alemán. Joseph Addison

pone las bases al defender la imaginación como fuente de actividad creadora frente a las reglas e identificándola casi con una revelación interior («On the pleasures of the imagination», 1712). Para Gianbattista Vico, la poesía es asiento de la fantasía (*Scienza nuova*, 1725), y Edmund Burke defiende en su ensayo sobre lo sublime de 1757 que «la mente del hombre posee una especie de poder creativo», la imaginación, «la provincia más extensa del placer y del dolor [...] de nuestros miedos y esperanzas, y de todas las pasiones que están en conexión» (1987: 11-12). Kant avanzará sobre estas ideas y combinándolas con su teoría gnoseológica las presenta en la *Crítica del juicio*.

Para la versión sevillana es también importante recordar la conexión con los sensistas, como Condillac y Destutt-Tracy, que tuvieron una de sus vías de penetración más importantes en Sevilla, sin que la Inquisición les pusiera barreras por heterodoxas. Sus efectos fueron fundamentales: el sensismo de Destutt-Tracy implicó un viraje radical de la teoría de las sensaciones, pues interpreta la sensación como una manifestación de la vida subjetiva. Con ese giro, el conocimiento dejó de pensarse como algo externo y objetivo para entenderse como una experiencia interior: sentir empezó a considerarse una forma de pensar. La gnoseología se convirtió en psicología. El sujeto se descubre a sí mismo como un complejo de sentimientos, en muchos casos contradictorios y faltos de lógica, cuyo fluir continuo y sin reposo causa «esa forma especial de autoconciencia como es la ansiedad», y que invita a dudar de cualquier racionalismo sostenido (Sánchez Blanco 1982: 511-512). Entre los seguidores de este ideario, a la vanguardia del pensamiento sensualista, estuvieron Blanco, Reinoso y Lista. Para Blanco,

principal introductor de las novísimas ideas sobre la imaginación, vivir el mundo de la conciencia es una reflexión sobre el sentido de las cosas que alimenta la poesía: «Todo aquello [...] que roce con la inmensidad oscura del infinito, todo lo que descubra al hombre a los ojos del hombre mismo, forma por sí y casi sin otro adorno el carácter de la poesía»¹².

La imaginación era cuestión compleja y peligrosa. El 24 de mayo de 1806, Justino Matute había publicado en el *Correo de Sevilla* el artículo «Discurso sobre la manera de cultivar la imaginación», que fue denunciado a la Inquisición (Vázquez Ruiz, 1885: 19). Antes, Arjona había traído el asunto a la Academia de Letras Humanas en septiembre de 1795: según recogen las actas, quería debatir sobre un «*Tratado de Retórica* que tenía meditado» y que incluía entre sus apartados nada menos que los siguientes: la diferencia entre la fantasía y el ingenio, las dotes de la fantasía, el modo de enriquecer y amenizar la fantasía y de aumentar su fuerza inventora, o «cómo se perfecciona la virtud creadora del ingenio» (cito por Aguilar Piñal, 1993: 24). Su mejor discípulo, Blanco, convertido ya en Blanco White, escribirá el extraordinario texto de «Sobre el placer de imaginaciones inverosímiles», publicado en *Variedades* de 1824, primera presentación de la teoría romántica de la imaginación de la literatura española.¹³

12. Blanco White, *Discurso inaugural del Curso de Humanidades de la Real Sociedad de Amigos del País*, en *Antología...*, ed. V. Lloréns, Barcelona, 1971, p. 174ss.

13. Blanco sitúa el principio generador de la obra de arte en la mente del poeta y reclama para ésta una autonomía liberadora de las reglas y de los estímulos sensoriales procedentes del exterior: «en vano se cansan los que a título de filósofos quieren extirpar de la mente humana la facultad que nos lleva a pintar mundos invisibles de que la misma mente como que percibe ser parte. En estas creaciones de la imaginación consiste la parte más sublime y peculiar de la poesía. Sin ellas no puede

Reinoso, por su parte, preparó el ya citado *Plan ideológico de una poética*, donde explica el papel de las impresiones en la línea de Condillac. Los restos del sensismo se aprecian intensamente, pero aún más esa derivación hacia el sentimentalismo de Laromiguière que estaba ganando por entonces a los pedagogos europeos, como Wilhelm von Humboldt o Joachim Heinrich Campe. En sus palabras, «las verdades del sentimiento se perciben más pronto que las de reflexión. Estas últimas están fuera de nosotros, y en su busca podemos frecuentemente extraviarnos; aquellas, por el contrario, o no existen en parte alguna, o existen en nosotros mismos: así no nos huyen, como esotras, cuando nos acercamos a examinarlas» (Reinoso, 1816: 9). Por su interés en el espacio teórico de la literatura, podría afirmarse que esta obra de Reinoso obliga a revisar la afirmación generalizada (González Alcázar 2005: 71) de que el primero en ofrecer una visión «filosófica» del hecho literario fue Isaac Núñez de Arenas en sus *Elementos filosóficos de la Literatura* de 1858. Reinoso vino mucho antes. Lo apuntaba ya Lasso de la Vega en 1871 al estudiar la escuela sevillana: durante los cinco años en los que impartió docencia en la cátedra de Humanidades de la Sociedad Económica, nuestro académico «defendió sus doctrinas regeneradoras sobre el estudio filosófico de la literatura» (1871: 113).



existir el género novelesco o romántico que, ya sea en verso ya en prosa, es el verdadero manantial y la única mina de que la poesía moderna ha sacado y ha de sacar sus mejores y más atractivos adornos».

Todo había empezado por ahí: aquel *sapere aude* les había llevado muy lejos: del sensismo al sentimentalismo, de la poética clasicista a la dimensión histórica, de lo formal a lo emocional, de la república universal de las letras a la caracterización de la nación literaria. En ese trayecto que iba del antiguo régimen ilustrado al nuevo orden —o desorden— romántico, actuaron como pioneros cuyo empuje a la vanguardia de los saberes literarios no se ha reivindicado suficientemente. Espero haber podido hacerlo con estas palabras que ya cierro.

Afirma Aguilar Piñal que Alberto Lista pecó de petulancia cuando «al final de sus días» traza una «visión bastante parcial» de los años de su juventud. Considera vanidoso su comentario de que «no fue dado al poder (Olavide) ni a la sabiduría (Jovellanos) lograr la empresa que después llevaron a cabo algunos estudiantes oscuros, sin nombre ni influencia» (1993: 9). No puede negársele la razón al sabio estudioso de nuestra Academia, al menos por lo que se refiere a la obra creativa y poética de aquellos hombres, que hoy nos resulta en general distante y acorchada. Pero Lista habla con justicia si nos detenemos ante las obras que escribieron como académicos y eruditos. Hoy, desde la distancia del tiempo, confirmamos que la audacia teórica y el dinamismo intelectual de esos jóvenes estudiantes abrieron un camino decisivo¹⁴.

14. Aguilar Piñal apunta apenas la tendencia novedosa, para enseguida confirmar la marca dieciochesca y el arraigo «a los valores estéticos y morales que determinan la cosmovisión literaria anterior a 1820, es decir, a la España del antiguo régimen» (Aguilar Piñal, 1993: 14).

Primero fue la llama: el deseo de saber que fundó esta institución. Después, la transmisión generosa de ese saber, que la ha mantenido viva a lo largo de los siglos. En esa doble fidelidad —al conocimiento y a su legado— quisiera inscribirse también este discurso. Que ha de cerrarse, como comenzó, recordando al profesor José Luis Comellas, cuando en 2001 escribía que «uno de los rasgos que definieron el espíritu y la razón de ser de las primeras Academias [fue] la voluntad de progreso, [...] no precisamente de conservadurismo o de rutina», y llamaba a recuperar para el siglo XXI ese espíritu que las hizo posibles, necesarias y útiles, «ese afán de marchar en la vanguardia de la investigación con espíritu libre, generosamente abierto» (Comellas, 2001: 46). Así sea.

He dicho.

Bibliografía

- Abrams, Meyer H. (1971): *The Mirror and the Lamp: Romantic Theory and the Critical Tradition*. London-Oxford-New York, Oxford University Press.
- Aguilar Piñal Francisco (1965): *Don Manuel María del Mármol y la restauración de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1820*. Discurso de ingreso como académico numerario en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Sevilla.
- Aguilar Piñal, Francisco (1972): *Temas sevillanos*, Primera serie. Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp. 141-150.
- Aguilar Piñal, Francisco (1975): «Blanco White y el Colegio de Santa María de Jesús». *Archivo Hispalense*, 179, pp. 1-54.
- Aguilar Piñal, Francisco (1988): *Temas sevillanos*, Segunda serie, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, <https://books.google.es/books?id=V5Qwr54Ow8QC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>
- Aguilar Piñal, Francisco (1991): «La primera mujer propuesta para ingresar en nuestra Academia», *Minervae Baeticae*, 2ª serie, vol. XIX, pp. 65-71.
- Aguilar Piñal Francisco (1997): «Discurso de ingreso como Académico de Honor. Amistad y poesía en el neoclasicismo sevillano», *Minervae Baeticae*, 2ª serie, vol. XXV, pp. 109-127.
- Aguilar Piñal Francisco (2001): *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1966. [Reed. 2001]

- Benítez, Rubén (2010): *Presencia de Milton en la literatura española (1750-1850)*. Palencia, Cálamo.
- Blanco-White, J. M. (1994): *Obra poética completa*, ed. Antonio Garnica. Madrid, Labor.
- Blanco-White, J. M. (2010): *Artículos de crítica e historia literaria*. Fernando Durán López (ed.). Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- Burke, Edmund (1987): *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, ed. Menene Gras Balaguer. Madrid, Tecnos.
- Cañas Murillo, Jesús (1996): «Sobre posbarroquismo y prerromanticismo en la literatura española del siglo XVIII (de periodización y cronología en la época de la Ilustración)», en *El siglo que llaman ilustrado: homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, coord. por José Checa Beltrán, Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid, CSIC, pp. 159-170.
- Cariacedo, María Teresa (1974): *Disertaciones leídas en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (1751-1874)*. Sevilla, Real Academia Sevillana de Buenas Letras.
- Comellas, José Luis (1993): «El papel de las academias en la crisis de la conciencia española», *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 21, pp. 33-48.
- Comellas, José Luis (2001): «El espíritu de las Academias en el siglo XVIII», en *El mundo de las Academias, del ayer al hoy: actas del congreso internacional celebrado con motivo del CCL aniversario de la fundación de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (1751-2001) entre los días 20*

- y 23 de noviembre de 2001*, ed. Rogelio Reyes y Enriqueta Vila. Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 29-46.
- Comellas, Mercedes (2019): «La Biblia como Mitología: la heterodoxia romántica», *Ínsula* n° 865-866, pp. 22-27. Monográfico: «A zaga de tu huella. La influencia de la Biblia en la Literatura Española», coord. Sergio Fernández López.
- Comellas, Mercedes (2019): «Genio romántico e imagen autorial desde los inicios del siglo XIX hasta Espronceda», *Bulletin Hispanique*, CXX (2), pp. 683-708.
- Comellas, Mercedes (2020): «El magisterio y el legado de Félix José Reinoso: la poética filosófica y psicológica entre la Ilustración y el Romanticismo», en *Desde el XIX: reescrituras, traducciones, transmedialidad*, ed. de Marina Bianchi *et al.* Barcelona, Calambur, pp. 137-152.
- Comellas, Mercedes (2021): «La “Escuela propiamente española”: La polémica sobre el lenguaje poético y la idea de nación», *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, Anejo 8: *Controversias ilustradas*, coord. por Mercedes Comellas, pp. 247-280.
- Comellas, Mercedes (2024): «Cristianismo y afectos en los manifiestos románticos españoles», en José Manuel Goñi, Jorge Avilés Diz, Ricardo de la Fuente (eds.), *Espiritualismos en la literatura hispánica del siglo XIX*. Berlín, Peter Lang, pp. 11-66.
- Comellas, Mercedes (2025): «“No creo que pueda haber un asunto más agradable para una reunión de sabios”. Pasado, presente y futuro de la empresa historiográfica», en Comellas, Mercedes y Juan Montero: *La empresa*

- historiográfica (1750-1844). Variaciones sobre la construcción de la literatura española.* Sevilla, EUS, pp. 65-110.
- Comellas, Mercedes y Manuel Contreras Jiménez (2019): «Poesía para mejorar los pueblos: de la razón al sentimiento. Instituciones académicas y sujeto social (1753-1857)», en Pedro Ruiz Pérez (ed.), *Autor en construcción. Sujeto literario en la modernidad hispánica (siglos XVI-XIX)*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 199-234.
- Contreras Jiménez Manuel (2022): «La influencia de la epistemología sensualista en la enseñanza literaria de comienzos del siglo xix: ciencia y literatura en Justino Matute (1804), José María Blanco White (1804) y Félix José Reinoso (1816)», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 28, pp. 253-274.
- «Discurso sobre el uso de la Mitología en las composiciones poéticas» (1789): *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid*, tomo 16, pp. 205-231.
- Dupré, Louis (2013): *The Quest of the Absolute: Birth and Decline of European Romanticism*. Indiana, University of Notre Dame Press.
- Duque, Aquilino (1997): «Fernán Caballero: la tradición y el paisaje», *Boletín de la Real academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 25, pp. 153-158.
- Durán, Fernando (2010): «De Sevilla a Madrid. La polémica de *La inocencia perdida*», en José María Blanco White, *Artículos de crítica e historia literaria*, ed. de Fernando Durán. Sevilla, Fundación Lara, 2010, pp. XXXI-XLVI.

- Fombuena Filpo Vicente (1997): «La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII: interés por las humanidades y su enseñanza», *Cuestiones pedagógicas. Revista de ciencias de la educación*, 13, pp. 175-184.
- Foster Wallace, David (2009): «This Is Water», discurso de Commencement en Kenyon College (21 de mayo de 2005), publicado como *This Is Water: Some Thoughts, Delivered on a Significant Occasion, about Living a Compassionate Life* (Little, Brown and Company, 2009).
- García Tejera, María del Carmen (1989): *Conceptos y teorías literarias españolas del siglo XIX: Alberto Lista*. Cádiz, Universidad de Cádiz.
- Gómiz León, Juan-José (2009): «Controversias sobre la representación de comedias en la España de la Ilustración: el pleito de El Puerto de Santa María (1789-1796)», *Revista de historia de El Puerto*, 43, pp. 87-113.
- González Jiménez, Manuel (2009): *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, historia de una institución centenaria*. Madrid, Instituto de España.
- Gutiérrez Pérez, Ángel (2016): *Lista, Blanco-White y Reinoso, una amistad literaria*. La Coruña, Universidad da Coruña.
- Juretschke, Hans (1951): *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*. Madrid, CSIC.
- Lasso de la Vega, Ángel (1871): *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Viuda e hijos de Galiano.
- Lista, Alberto (1828): «Variedades», *Gaceta de Bayona*, 26 (29 de diciembre), pp. 3-4.

- Lista, Alberto (1838): «De la moderna escuela sevillana de literatura», *Revista de Madrid*, I, pp. 251-276.
- Lista, Alberto (2007): *Ensayos*, ed. de Leonardo Romero Tobar. Sevilla, Fundación Lara.
- López Bueno, Begoña (1989): «Las escuelas poéticas españolas en los albores de la historiografía literaria: Arjona y Reinoso», *Philologia Hispalensis*, IV, pp. 305-317.
- Martín Abad, Julián (1992): «La biblioteca manuscrita de José Amador de los Ríos adquirida en 1908 por la Biblioteca Nacional», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 15, pp. 169-194.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1994): *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. 1. Madrid, CSIC.
- Pegenaute, Luis (1999): «La recepción de Milton en la España ilustrada: Visiones de *El Paraíso perdido*». En F. Lafarga (coord.), *La traducción en España, 1750-1830: lengua, literatura, cultura*. Lleida, Universitat de Lleida, pp. 321-334.
- Reinoso, Félix José (1886): «Historia de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta el 10 de mayo de 1799», *Archivo hispalense* 2, pp. 25-40; 49-64, 129-144, 152-161.
- Reinoso, Félix José (1806): «Reflexiones sobre el *Plan para una historia filosófica de la Poesía Española*», *Correo literario y económico de Sevilla*, 300 (agosto), pp. 161-163; 169-173; 177-179.
- Rey, Juan (1989): *Vida y obra de Manuel María del Mármol (1769-1840)*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Rey, Juan (1992): «Manuel María del Mármol y la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (segunda época)»,

- Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 20, 1992, pp. 185-195.
- Reinoso, Félix José (1806): «Reflexiones sobre el plan para una historia filosófica de la poesía Española», *Correo Literario y Económico de Sevilla*, 300 (agosto), pp. 161-163.
- Reinoso, Félix José (1816): *Sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y rectificación de las pasiones*. Sevilla, Aragón y Compañía.
- Reinoso, Félix José (1845): «De la sublimidad», *Revista de Madrid*, VI, pp. 158-184.
- Reinoso, Félix José (1886): «Historia de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta el 10 de mayo de 1799», *Archivo Hispalense*, I, pp. 25-40, 49-64, 129-144, y 152-173.
- Reyes Cano, Rogelio (2008): Introducción a Minerva sevillana. El grupo poético de los siglos XVIII y XIX. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, pp. IX-CXXXIX.
- Rodríguez Sánchez de León, María José (2000): «La institución académica en el siglo XVIII: sociabilidad y quehacer literario», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 8, pp. 3-19.
- Román-Gutiérrez, Isabel (2017): «Un episodio español de la “querrela entre antiguos y modernos”: Cándido María Trigueros y su teoría sobre la versificación», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 37, pp. 103-119.
- Román-Gutiérrez, Isabel (2019): «Del ingenio barroco al genio ilustrado: los prolegómenos de la imagen autorial del genio en España», *Bulletin hispanique*, 121-2, pp. 645-682.

- Romero Tobar, Leonardo (1996): «El tema poético de la amistad de Blanco y Lista», en *El siglo que llaman Ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*. Madrid, CSIC, pp. 755-764.
- Rueda Giráldez, Fátima (2021): «El *Discurso sobre las deidades del paganismo* de Francisco Núñez y Díaz y la polémica española sobre mitología y religión», *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, 44, Anejo 8 (*Controversias Ilustradas*, coord. Mercedes Comellas), pp. 163-190.
- Ruiz Pérez, Pedro (2003): «Manuel María de Arjona, entre la escuela sevillana y la academia cordobesa», en Pedro Ruiz Pérez y Klaus Wagner (eds.) *La cultura en Andalucía: La época de la Ilustración*. Estepa, Ayuntamiento de Estepa, pp. 155-196.
- Saad, Mariana (2015): «Sentiment, Sensation and Sensibility: Adam Smith, Pierre Jean Georges Cabanis and Wilhelm von Humboldt», *History of European Ideas*, 41 (2), pp. 205-220.
- Sánchez Blanco, Francisco (1982): «La filosofía sensista y el sueño de la razón romántica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 381, pp.509-521.
- Sánchez Blanco, Francisco (1992): «Una ética secular, la amistad entre los ilustrados», *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, 2, pp. 97-116.
- Schlegel, F., Novalis, F., Schiller, F. *et al.* (1987): *Fragments para una teoría romántica del arte*, ed. de Javier Arnaldo. Madrid, Tecnos.
- Torralbo Caballero, Juan de Dios (2008): «La recepción de Milton en España: el papel del humanismo ilustrado sevillano», *Alfinge: Revista de Filología*, 20, pp. 151-170.

- Torrallbo Caballero, Juan de Dios (2010): «Lista, Reinoso y Jovellanos: pioneros en la importación de poesía inglesa», en María Pilar Blanco García (ed.), *El Cid y la Guerra de la Independencia: dos hitos en la historia de la traducción y la literatura*, Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 275-287.
- Torrallbo Caballero, Juan de Dios (2012): «Blanco White's Anglophilia, Translations and Poetry: A Self-exiled Writer in England», en Pilar Martino Alba, Salud María Jari-lla Bravo (coords.), *Caleidoscopio de traducción literaria*. Madrid, Dykinson, pp. 231-253.
- Trigueros, Cándido María (1790): *Discurso sobre el estudio metódico de la Historia Literaria para servir de introducción a los primeros ejercicios públicos de ella*. Madrid, Benito Cano.
- Vallecillo López, José (2004): «Catálogo por autores de las disertaciones del siglo XIX de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras», *Boletín de la Real academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 32, pp. 255-294.
- Vega Viguera, Enrique de la (1998): *Historia resumida de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*. Sevilla, Real Academia Sevillana de Buenas Letras y Fundación El Monte.
- Vila Selma, José (1961): *Ideario de Manuel José Quintana*, Madrid, CSIC, Instituto Miguel de Cervantes.

CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO
EXCMO. SR. DR. D. JACOBO CORTINES TORRES

AL DISCURSO PRONUNCIADO POR LA
EXCMA. DRA. MERCEDES COMELLAS AGUIRREZÁBAL

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA COMO
ACADÉMICA DE NÚMERO DE
LA REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE BUENAS LETRAS



Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras,

Excelentísimos e ilustrísimos señores académicos,

Autoridades,

Señoras y señores:

Vaya en primer lugar mi gratitud a esta Corporación por haberme designado para contestar al magnífico discurso de la Dra. Mercedes Comellas Aguirrezábal sobre *Luces que prendieron la llama romántica. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, a la vanguardia de entresiglos*, que tan esclarecidamente ha expuesto. No me cabe duda de que la amistad entre la recipiendaria y mi persona haya sido un factor determinante en tal designación, pues desde los ya lejanos años universitarios, cuando ella cursaba aquí en nuestra Facultad la carrera de Filología, la tuve como brillantísima alumna y luego como excelente amiga; y más, como eficaz secretaria particular, ya que ella se prestó a transcribir a máquina los miles de versos que yo iba traduciendo del *Cancionero* de Petrarca. Yo no tenía por aquellas fechas ordenador, sino una pequeña máquina de escribir en la que apenas malcopiaba algunos de los poemas manuscritos; así que Mercedes acudió en mi ayuda con su flamante máquina

eléctrica y copió pulcramente con sus correspondientes notas a pie de página los 366 poemas que componían el *corpus* completo de los *Rerum Vulgarium Fragmenta* (*Fragmentos de cosas en vulgar*), más conocidos como *Il Canzoniere*.

Ella cuenta, como habrán oído ustedes, que siendo una estudiante de COU en el colegio de Portaceli le entregaron al gran poeta Aquilino Duque la primera revista que hiciera un grupo de adolescentes, y que los comentarios del maestro fueron, según ella confiesa, «utilísimos para cortar de raíz una vocación que en su caso no tenía futuro». No sería yo tan incisivo al respecto como el gran escritor. Ella por amistad me entregó un libro de poemas que tenía inédito. Lo leí con detenimiento, se lo comenté y lo guardé en mi biblioteca con todo cariño. Lo que el libro dejaba traslucir era una enorme sensibilidad para la poesía. La minuciosa transcripción de Petrarca debió de potenciarle el gusto por la belleza clásica, y como anécdota positiva señalo la única errata que deslizó en su ardua tarea, ya que mi letra no puede denominarse precisamente caligrafía. Decía así el primer verso del soneto (CCCLXII) de Petrarca:

Volo con l'ali de' pensieri al cielo

Que yo traduje: «Vuelo con alas de la mente al cielo»

Pero mi desastrada letra le hizo leer *muerte* por *mente*, y el verso quedó así:

«Vuelo con alas de la muerte al cielo»,

que es mucho más poético que el original.

Cuento esto porque, debajo de la eximia investigadora del Humanismo y los estudios historiográficos, existe en ella una poeta secreta, que tiene un especial sentido para captar la esencia de la poesía. A pesar de todo, la Dra. Comellas en su humildad le dio la razón al que fuera maestro del verso y de la prosa, y traza del que fue su predecesor en esta casa, el muy añorado Aquilino Duque Gimeno, una conmovedora semblanza en la que pondera sus muchos méritos como escritor completo: poeta, novelista, memorialista, ensayista, traductor y articulista.

Desde niña Mercedes Comellas, hoy Catedrática de Literatura Española de la Facultad de Filología, parece llevar en su sangre la condición de universitaria y académica. Con gracia ha contado cómo se conocieron sus padres, un gallego y una navarra, e hicieron de Sevilla su verdadero hogar desde aquella mítica pensión Don Marcos, que era una parte de la casa-palacio de Los Pinelo, hoy sede de esta Real Academia tras la restauración de nuestro compañero Rafael Manzano Martos. El 14 de marzo de 1993 ingresó como académico de número en esta institución su padre, José Luis Comellas García-Llera, un sabio en Historia, Música y Astronomía, con un discurso sobre «El papel de las academias en la crisis de la conciencia española». De su gusto por el orden académico, heredó su hija Mercedes el diálogo entre las distintas disciplinas y la aspiración de servir al interés colectivo. Ella inició su formación humanística bajo la dirección de otro de nuestros compañeros, el Dr. Rogelio Reyes, con una tesis doctoral sobre *El Humanista (En torno al Discurso de las letras humanas de Baltasar de Céspedes)*, que publicó en la Universidad de Sevilla

en 1995. Trabajo que realizó gracias a estancias en universidades italianas y alemanas, y en el que ponía de manifiesto la relación del Humanismo español con el europeo. Por su experiencia en universidades extranjeras, la Dra. Comellas fue consciente de la necesidad de estudiar la Literatura Española en un marco general al que sus estudios de Literatura Comparada, cuando fue docente e investigadora en la Universidad de Huelva, le prestaron un sólido marco teórico. Fruto de ello fue también la colaboración con el Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía *Trayectorias Europeas del Humanismo andaluz*, dirigido por Luis Gómez Canseco, y la edición crítica del *Discurso* al que había dedicado su tesis en la editorial de la Real Academia Española, Madrid, 2018, con Prólogo de Francisco Rico al que sigue una jugosa Introducción de la autora. El *Discurso* de Céspedes es una obra breve, de no más de 75 páginas, pero en él se dibuja un proyecto bien pensado y exigente para sus alumnos de letras.

La especialización del doctorado le proporcionó las bases retóricas, poéticas e historiográficas para abordar como ámbito prioritario la literatura del siglo XIX culminando en el Romanticismo español, muy en relación con la herencia clasicista y la crisis de los proyectos modernos en el concierto europeo, especialmente en el pensamiento alemán, que ella conoce muy de primera mano por dominar a la perfección el idioma germano. En sus últimas publicaciones da muestras de todo esto, ya que allí ha estudiado, entre otros, a Félix Reinoso, Alberto Lista, Manuel María de Arjona y todas las nuevas ideas que trajeron conceptos como lo sublime, el genio, la mirada teórica sobre la literatura, la perspectiva histórica, un

nuevo sentimentalismo, las ideas sobre la imaginación creadora. Basten sólo unos ejemplos para comprobar la hondura de nuestra investigadora. Así, su trabajo «Sobre la novela interesante o la verdad de las novelas entre Romanticismo y Realismo» explora cómo el criterio de verdad se impuso para valorar las obras narrativas. Otro estudio versa sobre «La Biblia como Mitología: la heterodoxia romántica», donde se examina cómo la Biblia empieza a leerse menos como autoridad doctrinal y más como mitología cultural; con Espronceda la Biblia deja de encerrar verdades y se convierte en un lenguaje imaginario que sirve para explorar los conflictos de la ambivalencia moderna. Espronceda es también la encarnación más significativa del genio, concepto del que en la poética española existía una notable carencia crítica y que ella ha estudiado en un artículo para *Bulletin Hispanique*.

En relación con nuestra Real Academia Sevillana de Buenas Letras, resulta muy interesante el trabajo «Poesía para mejorar los pueblos: de la razón al sentimiento. Instituciones académicas y sujeto social (1753-1857)», una serie de discursos que muestran cómo las academias defendieron la utilidad de las «buenas letras», siendo nuestra Institución el eje fundamental de este movimiento en España. La Academia de Buenas Letras de Sevilla se presentaba como un foro permeable a la polémica y recepción de las ideas europeas, en tensión a veces con la misma Universidad (esperemos que esto no vuelva a ocurrir). Reinoso fue una de las figuras decisivas de esta renovación. La literatura ya no era un adorno, sino una herramienta de formación moral y de progreso. Qué lección para los tiempos presentes la de aquellos hombres sabios y buenos.

Otros estudios completan la nueva visión de nuestra bien electa sobre estos impulsos renovadores entre los siglos XVIII y XIX, pero no quiero dejar de mencionar el que analiza el «Pasado, presente y futuro de la empresa historiográfica», recogido en el libro en colaboración con Juan Montero: *La empresa historiográfica (1750-1844). Variaciones sobre la construcción de la literatura española*, EUS, 2025. La historia de la literatura española -como formuló Lista- no debe limitarse a enumerar datos, sino explicar fenómenos y sobre todo sus causas.

A este sólido y rico bagaje de sus últimas publicaciones habría que añadir lo mucho y substancial que ha escrito sobre estos y otros temas diversos nuestra elegida. Destaco en primer lugar la monumental edición sobre *Fernán Caballero. Obras escogidas*, un volumen de más de 600 páginas que preparó en 2010 para la ya desgraciadamente extinta colección de «Clásicos Andaluces» que dirigía el profesor José Lara Garrido para la Fundación José Manuel Lara. La edición reúne cuatro novelas de Fernán, entre ellas *La Gaviota*, y va precedida de un exhaustivo estudio de Doña Mercedes en donde se pone de manifiesto el papel de precursora de la escritora germano-andaluza de la novela prerrealista frente a la novelística galdosiana, materia sobre la que vuelve una y otra vez con artículos, proyectos y ponencias en congresos nacionales e internacionales, incluyendo aspectos de la imagen autorial femenina en la literatura decimonónica. Como también hay que destacar su mirada sobre Bécquer como origen de la modernidad poética.

Con este riquísimo bagaje la Dra. Mercedes Comellas nos ha mostrado en su discurso de ingreso las luces y sombras de esta

venerable institución a lo largo de las centurias ilustrada y romántica. Nos ha contado cómo nació esta Academia en tiempos del empirismo y la filosofía sensista de manos de un puñado de clérigos encabezados por Germán y Ribón en 1751. Como después en 1787 entró en crisis, reduciéndose sus componentes sólo a cuatro, y cómo surgió la *Academia Particular de Letras Humanas* de 1793 a 1797 con personajes como Roldán, Núñez y Díaz, Mármol, Lista, Blanco y Reinoso, que posteriormente trasladaron sus inquietudes a la de Buenas Letras. Y ya renovada, de ella salieron diferentes planes de estudio, como los de Trigueros, Arjona, Reinoso, Lista, o el de Mármol para la Universidad de Sevilla.

Muy acertada me parece por parte de nuestra ilustre historiadora que haya reparado en lo que significó la amistad entre sus miembros, una auténtica «generación de la amistad» con más derecho a llamarse así que la muy mitificada del 27, si reparamos en los denuestos de Cernuda contra Salinas o Dámaso Alonso. Y la amistad es lo que me ha llevado, porque así ella me lo había pedido, a contestar con sumo gusto este excepcional discurso que es una síntesis de nuestra intrahistoria académica. Con su amistad y su sabiduría, con sus dudas y certezas, esta Academia se verá bien enriquecida. Y a mí no me queda más, querida y Excm. Dra. Comellas Aguirrezábal, que agradecerte tus mercedes, y recibirte con los brazos abiertos en esta tu casa, la Academia, que contigo ha de resplandecer, como diría Petrarca, con «la belleza antigua» y muy moderna para nosotros.

He dicho

Se terminó de imprimir este libro
el 30 de enero de 2026

